

# CIUDADANOS DE SEGUNDA

■ «Mire usted, nosotros somos policías; no «mercenarios», ni «asesinos», ni «fuerzas de ocupación», como nos insultan. Ponemos supremo empeño en salvaguardar a toda costa la disciplina y mantener la serenidad aún en las más incalificables agresiones. Estamos dispuestos a cumplir con nuestro deber en el nuevo marco legal que se nos asigne. Pero no estamos dispuestos a actuar como gladiadores en un dramático espectáculo que tantas veces provoca un rastro de sangre ni a seguir aguantando como ciudadanos de segunda en un país igualitario. ¿Es que nuestra sangre no es como la de los demás?» Me lo dice un inspector de policía que no tiene el menor rubor en ocultar su nombre y apellidos, pero que yo prefiero silenciar. «No acabo de comprender —prosigue— que ante la lamentable muerte de un estudiante se provoque toda una campaña desatada de protestas mientras que si el que muere en cumplimiento de su deber es uno de nosotros nos digan, simplemente, lacónicamente: «Para eso les pagan». Entonces ¿qué es lo que tenemos que hacer? ¿Dejarnos masacrar sin defendernos porque por nosotros no va a protestar nadie y porque nosotros no somos hombres como los demás?» La pasión ahoga la voz de mi comunicante al otro lado del teléfono. Me dijo muchas cosas más, pero creo que basta con estas líneas para reflejar el estado de ánimo de un policía, de muchos miembros de las Fuerzas de Orden Público que, en Canarias, Vascongadas, Navarra, Málaga o en cualquier remoto rincón de nuestra geografía sufren en silencio la incomprensión y la ingratitud de parte de una sociedad que los elige como blanco de todas sus soflamas. Con la circunstancia sangrante, además, de que muchos miembros modestos de la Policía Armada y Guardia Civil se encuentran en peores condiciones de retribución que otros profesionales de semejante nivel de cualificación. Ahí lo tienen ustedes. Un guardia civil actúa en defensa propia contra uno de sus agresores y todo son denuncias e improperios. Alguien, indiscriminadamente, dispara sobre dos policías y apenas nadie se digna levantar la voz para dar a conocer el suceso. Pero claro, se comprende: sólo eran dos policías, dos ciudadanos de segunda.

\* \* \*

■ Mientras tanto, antes que dar la cara, antes que ofrecer una salvaguardia efectiva de la actuación de las fuerzas de seguridad ciudadana, antes de asegurar a todos los españoles el elemental clima de paz y tranquilidad que constituye principio elemental de toda convivencia consolidada, el gobierno prefiere, simplemente, desdramatizar. Y, en consecuencia, confiere prioridad en los servicios informativos de RTVE a un acontecimiento internacional antes que a los sucesos de Canarias y al Estado de los dos policías

heridos. A esto se le llama probidad informativa, sí señor. Pero tan grave como la irresponsabilidad del gabinete desentendiéndose de estas obligaciones irrenunciables de toda democracia real es el ansia reivindicativa de los partidos marxistas y separatistas provocando una situación límite de violencia. Alguien, con acierto, ha anticipado que todas las movilizaciones de masa han precedido siempre a importantes acontecimientos políticos e históricos. Toda esta agresividad inútil para forzar al Gobierno a otorgar algo que ya está concedido, como son las autonomías regionales, demuestra que no son esos los propósitos reales que alientan a los promotores. La cuestión se sitúa, simplemente, en un nivel de principios sustanciales: ruptura de la unidad nacional e implantación de un «Estado Popular». Estos son, evidentemente, los términos del proceso prerrevolucionario en marcha. Mientras tanto, eso sí, podremos complacernos con la magnífica arquitectura de un partido centrista pulido y perfilado hasta en los últimos detalles con tacto y mesura preciosista. Y con la altiva presencia de un Parlamento que se desentende olímpicamente de los graves sucesos que aquejan a tantas provincias. ¿Si la agresión a un diputado mereció un pleno del Congreso, por qué no se pronuncian igualmente la Cámara sobre el caos y el desorden institucionalizado que ha costado la vida a más de un policía y a más de un ciudadano? De nuevo hay categorías.

\* \* \*

■ Recojo, para terminar, un hecho anecdótico pero significativo. Uno tenía entendido, con espíritu quizá demasiado cartesiano, que la función crea el órgano. Pero, a lo que parece, el Gobierno no debe entenderlo así, y concretamente el señor Rosón. Durante la intervención ofrecida ayer por el programa regional de TVE del nuevo subgobernador civil de Madrid, señor Harguindey, vino a decir que desconocía las funciones que le serían encomendadas y el papel que deberá desempeñar en el contexto provincial. Magnífico. Entonces, si no existe ningún cometido específico atribuido al subgobernador, me pregunto ¿a qué viene la creación del puesto y el nombramiento consiguiente con cargo al austero erario estatal? El nepotismo de UCD para salvaguardar sus filas a base de inventarse todas las poltronas que hagan falta constituye una curiosa contradicción con la inoperancia de la Administración y del Gobierno para afrontar los problemas candentes de España. Ensimismado en su propia imagen, Suárez no quiere comprender que puede acabar como Narciso: ahogándose en las aguas que centraron su complacencia.

JASA